

LUIS VARGAS TEJADA

Estampa de un poeta conspirador

Por ALBERTO MIRAMON

DRAMATIS PERSONÆ

LA FISIS:

“Es Vargas muy delgado, cosa de cinco pies y tres a cuatro pulgadas de alto, de cara extraordinariamente larga, distancia de la boca al extremo de la barba bastante excesiva, la barba puntiaguda y poblada.....; su actitud al andar inclinada adelante y siempre echado afuera. Nunca estaba sin guantes.”

(Carta del Libertador al coronel Adlercreutz, del 30 de septiembre de 1828).

LA PSIQUIS

“El corazón del hombre es un santuario donde las verdaderas miras o intenciones se conservan ocultas a la vista indagadora de sus semejantes; pero sus propios hechos suministran las más veces la clave segura, por cuyo medio penetra el observador los más profundos sucesos de aquel santuario y saca a luz las verdades que en su seno se escondían.... Mientras estos designios permanecen incógnitos, la historia no presentará otro aspecto que el de un enigma indecifrabable.”

(L. V. T., Recuerdo Histórico).

PRIMERA JORNADA

El hombre y el mundo:

Al igual de todos aquellos artistas que en tiempos revueltos han osado lanzarse por los caminos y vericuetos de

la política activa, Luis Vargas Tejada ha sido considerado como un infame y también como un redentor. Para ser lo primero, le faltó mezquindad; para lo segundo, el éxito y la vida. Tal vez el título que justamente le cuadra sea aquel que le dio el amenísimo Caicedo y Rojas: *“ave que cantó primero en la mañana de Colombia la grande, tras la oscura y tempestuosa noche que le precedió.”* Porque en verdad es imposible hallar una concordancia mejor entre el hombre y aquel delicado momento histórico.

Su gloria e infortunio en tan alto grado dependen de eso, que su vida es como un espejo donde se fue copiando la imagen de todos los sucesos de su época, y su obra, como una cinta fotográfica en la que se fijaron para siempre la esencia y los contornos de aquella imagen.

Quizá él mismo lo comprendía así, cuando ya al final de su fugaz existencia compuso la estrofa que dice:

*Mi musa cede al duelo que me inunda
y la triste impresión sólo recibe
del selvático horror que la circunda.*

Anonadado por la grandeza trágica que arrebató su vida, no podía comprender que el heroísmo, como todas las actividades humanas, tiene formas innúmeras. El héroe no es siempre el encadenador del destino. El modo más terrible del heroísmo es entregarse total e irrestrictamente al cauce oscuro de una época porque exige una mayor renuncia de sí mismo y ofrece muy escasas probabilidades de éxito.

Toda edad tiene un carácter peculiar que la distingue de las anteriores y la presenta a las futuras; colorido especial que proviene de causas complejas y condiciones determinadas, ya que los progresos que va haciendo la humanidad en su continuo devenir y las varias evoluciones sociales que son su consecuencia inmediata, se multiplican y fecundan mutuamente, aunque no siempre para bien y provecho del género humano.

En la primera mitad del siglo XIX ocupaba el centro de la vida espiritual el reino de los valores, el mundo incontaminado de las ideas. El hombre hacía la renuncia de sí al ideal. La vida, el amor, el arte, todo era subordinado a los llamados Principios. Vargas Tejada, conspirador y poeta de la Libertad, pertenece a esa rara tipología espiritual por la fuerza incontrastable y trágica con que cumplió su



LUIS VARGAS TEJADA

(ESPINOSA PINCIT)

(Atención del «Registro Municipal».)

destino; fue, comenta Carlos Arturo Torres, la revolución misma, con sus grandezas y sus errores, iluminada al propio tiempo por ideales antiguos y por la férvida elación de un nuevo espíritu. Y en su época hay que estudiarlo, porque solamente a través de ella lograremos comprenderle, perdonarle sus errores, disimularle sus extravíos y tal vez amarlo por joven, por grande y por infortunado.

Las sociedades crean tipos espirituales de cada etapa histórica en los que hacen tomar especialísima carnadura a los atributos de un período determinado. Son los hombres representativos que dijo Emerson o el Héroe exaltado admirablemente por Tomás Carlyle. El autor de "Recuerdo Histórico" es el característico de la post-independencia en nuestro país, no sólo porque su vida discurrió en esos días, sino también porque al leer sus escritos encontramos recogidos, como en un haz de luz extraña, las ideas y los afanes de entonces.

Nacido medio siglo después, su espíritu y su brazo hubieran seguido otras corrientes; no hubiera esgrimido el puñal del tiranicida sino la espada del revolucionario, y, como bellamente lo expresó don Felipe Pérez, en lugar de tributar culto a Talía y a Melpómene, lo hubiera tributado más opimo a Erato, ya que cada época tiene sus símbolos.

Describir su trayectoria es hacer una referencia al espíritu activo de su siglo, una referencia clara y fácil de comprender si se tiene presente esta terrible verdad: que los hombres de una tal hechura generalmente son arrebatados más allá de sus intenciones y propósitos por la fuerza arrolladora de los sucesos. Ellos trabajan en la oscuridad y casi siempre a golpes de pica como los mineros, pero forjan también la luz espiritual de los pueblos.

Los primeros pasos:

El veintidós de noviembre del año de gracia de 1802 nació en Santa Fé de Bogotá un niño que veinticuatro horas más tarde fue bautizado con los nombres de Luis Ignacio Clemente María. Sus padres, don Felipe de Vargas, doña Luisa Sánchez de Tejada, eran personas de solar y abuelo conocidos, como parsimoniosamente era usual decir de gentes discretas. La partícula *de* en ambos apellidos es un ringorrango ingenuo pero característico de aquel aristocratismo criollo que tres siglos de coloniaje fomentaron con encomiendas, donaciones y reales cédulas, pero que desde muy temprano el vástago enciclopedista y republica-

no, en cuya vida nos vamos a ocupar, olvidará democráticamente al firmar y nombrarse.

La importancia, o mejor dicho, el interés que Luis Vargas Tejada ha despertado, comienza con su primer escrito. Hasta entonces nada hay en el recuento de sus días que llame la atención. Clío registró su nombre en la fecha de su nacimiento y calló impasible por algunos años; mas no podemos resignarnos a este mutismo si en verdad queremos alcanzar una visión completa del personaje, ya que es hoy principio universalmente aceptado dar una importancia definitiva en la formación de la personalidad a los primeros años; no puede prescindirse de ellos en ningún ensayo—dicen los grandes estudiosos de la vida humana— porque allí están las más de las veces las explicaciones del hombre maduro. No obstante el claro linaje y haber gozado en tiempos anteriores de una fortuna considerable, esta familia había venido a menos por reveses y vicisitudes de los tiempos. El padre, consagrado a rudas faenas rurales, dejó la educación y cuidado del niño a su esposa, mujer ésta de claro sentido e instrucción superior, como correspondía entonces a una dama de calidad. Contra lo que erradamente se cree, a la cultura de las señoras de la Colonia débese mucho de la gloria posterior de la Independencia. Fueron estos seres, delicados y sufridos, quienes en sus largas horas muertas atesoraron variados conocimientos y fomentaron con su discreción y donaire aquellas famosísimas *tertulias santafereñas*—academias o ateneos informales en los que se discutía con propiedad sobre las artes y la política— los que después, en la intranquilidad de los años de la revolución, suplieron a los maestros, ocuparon el lugar que los preceptores dejaban vacante y despejaron el entendimiento a esa generación post-libertadora que tanto dignificó la historia de la República en jornadas de elocuencia, empresas de heroísmo y debates de sabiduría. 1810-Julio 20: esta fecha que hoy bendecimos como el epinicio de la natividad democrática, suscitó entonces temores y desasosiegos en muchos corazones sencillos. La aurora revolucionaria y libertadora apesadumbró íntimamente a las gentes mansas y temerosas de Dios y el Rey, su señor natural. El pensamiento de que fuera a operarse en el viejo Virreinato el fenómeno sangriento que manchó la Francia revolucionaria y también el miedo secular a las represalias de la Corona, atemperó en muchos pechos el ímpetu

libertario que había cristalizado soberbiamente en esa fecha gloriosa. Y en la pugna interior de tan encontrados sentimientos nada les pareció más prudente que el alejamiento expectante de las ciudades. No bien quedó depuesto el Virrey, los Vargas de Tejada enfardelaron sus escasos muebles y emprendieron viaje apresurado a una retirada provincia; mas sobresaltados por los resplandores que la tea libertadora prendía en todos los lugares, hubieron de seguir su carrera incesantemente de un pueblo a otro, durante meses y años, cada vez más timoratos con las noticias contradictorias que de la guerra recogían aquí y allí, y más apesadumbrados por la falta de fortuna.

Para mayor tribulación de aquellas almas cándidas el mayorazgo era un niño a tal extremo enfermo y débil que muchas personas ya han pronosticado que no pasará de los quince años. La delicadeza casi femenil de sus facciones se acentúa con la palidez anémica del cutis y la flaqueza de la voz, a pesar de que él, mortificado íntimamente por su delicadura, se ha impuesto con silencioso orgullo la tarea de vencer a la avara Naturaleza. *"Tomaba todos los días un hacha y yéndose al bosque pasaba horas enteras cortando leña, de la cual traía una pesada carga sobre la espalda cuando volvía a la casa."*

Andando el año de 1814 se establecieron en Tunja. En esa ciudad entabló Luis amistad con un francés emigrado, M. Jolibert, hombre de bastantes conocimientos en las ciencias naturales. El le dio las primeras lecciones de física, le instruyó en las generalidades de la química, y, sobre todo, le inculcó la curiosidad por los idiomas; desgraciadamente habían de separarse demasiado pronto para que tales relaciones dieran abundantes frutos.

Cada día con mayor rigor, la penuria azotaba a esta humilde familia, impidiéndole permanecer mucho tiempo o radicarse en lugar determinado; durante muchos años, casi toda la infancia de Luis, hubieron de ir errantes, como gitanos, de pueblo en pueblo; sufriendo toda clase de privaciones, midiendo todas las estrecheces y probando el licor de la amargura. Oh! cuán duro es tirar del fardel de la miseria... Mas si estas obligadas peregrinaciones dificultaron la educación del joven, fortalecieron inconscientemente al poeta y al político; porque al hombre que le son familiares los caminos de su nación, le es fácil hallarse a sí mismo y conocer la índole de la patria.

Cuando llegaba a algún pueblo, refieren sus historiadores que su primer cuidado era relacionarse con las personas más notables, residentes o transeúntes, cuyo trato y conversación pudiera dejarle algún provecho, o que sabía él que poseían libros, sin que dejase de hacer su primera visita al señor cura, para registrar su biblioteca y escoger en ella las obras que le llamaban la atención, fueran cuales fuesen las materias de que tratasen.

Pero a pesar de tanta diligencia y pese a su inmoderada fiebre de lectura, Vargas Tejada necesitaba un preceptor, un director intelectual, alguien, en fin, de ilustrado criterio que lo encauzara, y lo tuvo en uno de los momentos más dramáticos de la historia nacional. Las procripciones sangrientas decretadas en 1816 por el pacificador don Pablo Morillo, cuya duración de tres años, tres meses y tres días, se conoce en la historia con el nombre de "el reinado del terror", decidieron a huir de las poblaciones a los pocos patriotas que aun gozaban de libertad; unos corrieron a los llanos, a engrosar las filas de aquellas improvisadas milicias que algún tiempo después conquistaron gloriosamente la libertad del continente; otros se dispersaron por los montes y serranías cercanas a la capital, en espera de la hora propicia. De estos últimos fue don Diego Fernando Gómez, "hombre de gran saber y entendimiento", gloria del foro del parlamento, quien un buen día llegó en demanda de asilo y disfrazado de criado a la retirada hacienda sabanera que entonces ocupaban sus parientes los Vargas de Tejada.

Al poco tiempo de convivir allí lo cautivaron la acuciosidad y las felices prendas intelectuales de su sobrino, hasta el punto de que consagró por entero toda su atención a perfeccionarle en conocimientos. Y fue así como se plantó en aquel corazón joven e impresionable el germen de esas dos pasiones a que Vargas Tejada debió el encanto y el veneno de su vida: el culto de las letras y el amor desmesurado a la libertad.

La epifanía lírica:

La soledad y el silencio campesinos han sido siempre fuentes grandiosas de inspiración para las almas soñadoras, y ese hechizo lo sintió Luis Vargas Tejada tan poderosamente, que en sus versos todo parece como impregnado por el rocío y el aroma campestres. A tal punto es la

campiña su inspiradora secreta, que el grandilocuente don José Joaquín Ortiz señaló con su hablar especioso y romántico la importancia que el paisaje natal tiene en la obra del poeta de "Al anochecer": Consultó —son sus palabras— con los ecos de las montañas, con el rumor de los bosques, con el murmullo de los torrentes esos cantos que más tarde habían de inmortalizar su nombre; fue allí que irradió su genio cual suelen brillar las flores abriendo sus cálices a los tibios rayos del sol y a las brisas balsámicas del desierto".

Azorín, que entre los escritores contemporáneos de habla hispana es indudablemente quien mejor ha estudiado la influencia del paisaje nativo en los poetas, divide en dos clases este influjo, según que la naturaleza quede supe- ditada al estro o sea éste el dominado por aquélla; es decir, si la obra de arte es subjetiva o marcadamente objetiva. A estos últimos pertenece el poeta de "Doraminta", porque la voz milenaria del suelo nativo irrumpe en sus obras soberana y única, como en algunas viejas sinfonías el tema musical dcmina poco a poco hasta hacerse el motivo preponderante de toda la pieza. Hé aquí una prueba

*Vamos a la colina
Que baña suave la sideria lumbre;
Al pie de aquella encina
Que erguida allá se empina,
Coronando del cerro la alta cumbre;
O allá donde el torrente,
Saliendo de la breña,
por el peñón tajado se despeña.
Allá nos sentaremos, Clori mía,
Y disfrutando las tranquilas horas
Que mece en su regazo la Alegría
Nuestro tímido acento juntaremos
A las voces canoras
Con que el bosque resuena.*

.....

Detalle curioso para los que aman encontrar algunos hilos de semejanza en la tela que teje el Destino, es ciertamente el que tanto al comienzo, como al término de la vida de los tres bardos que en nuestra historia política han sido los bastiones de la nacionalidad, se extiende algo in-

conmensurable. En Vargas Tejada fue la llanura; en Julio Arboleda, la montaña, y en Rafael Núñez, el mar, como si únicamente en estrecho contacto con *la salvaggia santissima natura* que dijo el gran lírico italiano, es dable al hombre el dón raro y heroico de velar por la salud de su patria en los momentos de mayor peligro.

Luis Vargas Tejada había nacido con la virtud divina de la poesía; desde muy temprano alboreó su estro con la lozanía y gracia encantadoras de las rosas silvestres; pero lo que en definitiva caracteriza sus versos no es ni la fuerza lírica, con todo y ser un artista clasificado entre los cultores de ese género, ni la dramática, no obstante el tenersele por uno de nuestros primeros dramaturgos. Esas ocultas y raras concordancias que sólo algunos espíritus delicadamente sensitivos logran descubrir entre el paisaje, la hora y el alma del observador, fundieron, en sus estrofas el terruño con la propia vida, tan firmemente, que su biografía se confunde con la historia de su época, de una manera tan estrecha, que nunca se volverá a dar el caso de que las fechas de la existencia de un hombre se señalen con los grandes sucesos de nuestro pasado, ni jamás una gran figura fue más acorde con el íntimo sentido de su tiempo.

Y sin embargo, la gran mayoría apenas si le ha considerado como un representante remoto del espíritu colombiano! Su cultura idiomática, vasta para su tiempo y su medio —alcanzó a dominar seis lenguas—, ha servido a aquel pueril afán anti-determinista que en la segunda mitad del siglo pasado aguijoneó tanto a historiadores y ensayistas latino-americanos; pero levantando este nombre como una bandera de guerra contra las doctrinas ya *démodées* de Hipólito Taine olvidaban que si bien Vargas Tejada es, según una frase feliz de Sanín Cano, un curioso fenómeno de la infiltración de las ideas europeas entre nosotros, las cosas que lo rodearon al ponerse en comunión con su alma, participaron de sus alegrías y de sus tristezas, de sus entusiasmos y de sus desalientos, de sus ilusiones y de sus desengaños, dándole a su vez toda su fuerza lírica e inspiración. Así como en el comienzo y en el final de su vida se encuentra la extensión ilimitada de la llanura, en el principio y en el término de su corta pero intensa carrera hallamos a Bolívar, ya como una deidad bendita que enciende en su corazón la luz del entusiasmo, ora como un genio del mal que prende en él las llamas del

odio, el nombre del Libertador está ligado a su destino con cadenas irrompibles, sean del amor y de la admiración más profunda o de la malquerencia más reconcentrada e inmortal. “Los primeros sonos del poeta celebraron el triunfo de la Libertad personificada en el general Bolívar: los últimos gemidos en su doloroso retiro execraron a la tiranía que creía encarnada en la persona del Dictador. Siempre Bolívar! Idolc o enemigo, Libertador o Tirano, consuelo o desolación!”

Orfandad:

A la pobreza que le acompañó desde la cuna se alió la desgracia, como para confirmar su entrada definitiva a la gran legión heroica a que había sido predestinado, a esa casta espiritual que aquel siglo tan rico en sus comienzos en brillantes acciones, sumió después en las simas terribles del dolor, el abandono o la locura. El padre de Luis Vargas Tejada muere en 1822 y éste, niño y sin valimiento, quedó de apoyo y sostén único para su madre y sus hermanos menores. Entonces comenzó a saber cuán duro es tener que luchar por la existencia y mendigarla casi, cuando se tiene en el entendimiento un anhelo superior. Aquella cabeza juvenil en que ya bullía una ambición elevada, aquella inteligencia en que ya había prendido el más noble deseo de sabiduría, se doblegó silenciosamente ante la dura fatalidad, como se quiebran las espigas al peso del vendaval. En vez de la pluma y el libro, sus manos empuñan ahora el arado rudimentario y avaro en resultados, “como dura coyunda impuesta por el deber y como única herencia recibida de su progenitor. “Pero su ánimo, que ya se ha templado en la adversidad como el acero en el fuego, sabe oponer sin embargo una voluntad firme al destino ingrato; con mayor ardimiento cuanto más ciertos son, consagra al estudio los fugaces instantes de descanso, y esto le salvó en definitiva del fracaso, aunque como todas las víctimas de un destino trágico, lllore después la infancia perdida y ya proscrito y perseguido, escriba en los versos “A los poetas castellanos”:

*Privado del favor de la fortuna,
Mi ingenio sin apoyo ni cultivo
Vio transcurrir la edad más oportuna.*



*La cruel pobreza a sus influjos daña;
Y sumergido en triste abatimiento
El mayor genio su esplendor empaña.
Así fue que privado de alimento
En tierra estéril, sin vigor yacía
Mi natural, poético talento.*

Como a Leopardi, como a Silva, como a tantos otros inconformes, le ensombrecía y obnubilaba el pesimismo. Los obstáculos y las penas pueden ser enemigos del hombre, pero en definitiva benefician al artista, porque cada golpe, si bien conmueve y rasga el corazón, ayuda a poblar también la inmensa soledad creadora.

El ambiente capitalino:

Comenzaba el año de 1823 cuando Vargas Tejada, llamado por el general Francisco de Paula Santander a desempeñar el puesto de secretario privado de la Vicepresidencia, llegó a Bogotá. Para entonces ya empezaba a ser conocido el poeta que robando instantes a sus faenas campesinas había enviado borradores de sus versos a un periódico de la capital; mas lejos, muy lejos estaba de sospechar el vicepresidente Santander que aquel mozo de apariencia enfermiza, casi raquítica, le habría de inspirar andando el tiempo uno de los cariños más hondos de su vida, y menos aun que su muerte prematura hubiera de parangonarla más tarde con la de su primogénito, diciendo en íntima expansión que esos dos habían sido los dolores supremos de su existencia.

El admirable dón de asimilación, cualidad que distinguió a Vargas Tejada, hizo que inmediatamente se impregnara del espíritu que dominaba en la ciudad capital. Y por lo tanto, para explicarnos el resorte de sus actos y conocer el móvil secreto de sus pasos, es necesario echar un ojeo sobre aquel estado de cosas.

Tras una larga noche de olvido, la política, la eterna esfinge insaciable, hacía su reaparición con agilidades de moza serrana. Apenas la calma vuelve al país después de la década heroica, cuando ella surge de nuevo, omnipotente y soberana; y como a una hembra codiciada, todos le rendían homenaje y todos se creían con títulos y derechos exclusivos a sus favores; los militares primero que ningunos; los civiles tanto como aquéllos, los clérigos igual que

los seglares; venezolanos, neogranadinos, hasta el incógnito y trashumante doctor Arganil se empeñaba en el peligroso juego.

Ausente el Libertador, ocupado en dar remate a su empresa continental de independencia, aun ponía su nombre un freno a todas las expectativas, mas el germen secreto comienza a incubarse en las conciencias.

La Gran Colombia está apenas integrándose y ya hay síntomas de que su vida será efímera; aun falta por liberar el Perú; no se ha formado aun Bolivia, y algo íntimo e inexplicable como los presentimientos, hace pensar que todo se vendrá abajo muy pronto. Es que en política, como en química, las substancias contrarias acaban por separarse: basta el menor choque que turbe su forzosa unión.

Pero guardémonos de creer, como ciertos historiadores, que todo aquel malestar naciente era fruto de un interés mezquino o del desenfrenado deseo de poderío. En el fondo de aquellos menudos afanes comenzaban a perfilarse, como se pulen las piedras en el oscuro seno de los ríos, las características distintivas de las nacionalidades. El drama que desgarró la gran idea bolivariana tiene por eso un origen tan elevado que para explicarlo se hace preciso rastrear en lo más abscondito de los pueblos que formaron la Gran República, en el subsuelo de su conciencia histórica.

Venezuela es la llanura ilímite que reclama el corcel indómito; a esta disposición geológica o prima se sumó el que fuera conquistada por verdaderos *condottieri* y regida por hombres de espada, desenfrenados y crueles. Como producto autóctono ella ofreció el llanero audaz, individualista, dominador; el sargento necesario, sin más ley que su voluntad, que dijo alguien; pero que hizo realidad heroica con su intrepidez la independencia de un continente inmenso. Y a tal punto era para las gentes de allá cabría y jácara la imagen del guerrero, que burlas y decires corrieron cuando se supo que Sucre, el héroe de fines modales, había abatido el poderío español en Ayacucho. "Los caraqueños y cumaneses se santiguaban exclamando: *Cómo serán esos españoles del Perú cuando Antoñito Sucre les gana batallas!*"

La tierra neogranadina es montañosisima, y la propia elevación de las cordilleras parece estar proclamando el concepto de autoridad y disciplina; la colonizaron letrados, y el orden legal sentó presto sus reales aquí, porque todo

estaba dispuesto entre nosotros para constituir una república democrática de firmes lineamientos civiles.

Pero, sin distingo de lugares, los hombres de aquellos tiempos creyeron al principio roto el pasado, abolidos tres siglos de historia y, dominados por la fascinación fáustica del engañoso presente, estropearon para siempre el futuro.

Poco a poco el neogranadino comenzó a ver que se le quería imponer un *modus operandi* repelente a sus seculares ideales legalistas; por su parte los venezolanos empezaban a sentirse exóticos en aquel ambiente de lentas tramitaciones judiciales y reverencial respeto a la democracia. Así, desgraciadamente, comenzaban las ruedas de la magna república a no girar iguales ni en una misma dirección, y con la diversidad de criterios, la diferencia de educaciones y la oposición de sentimientos, iba a abrirse una era melancólica.

Tal andaban las cosas cuando Luis Vargas Tejada, temperamento idealista e impresionable, entró en Bogotá, o por lo menos así se nos presenta la realidad de entonces, reducida a sus líneas más simples; pero es preciso decir también que a aquellos varones no se manifestaba con tanta claridad debido a la extraordinaria confusión que casi siempre engaña a los contemporáneos de las grandes crisis.

Con aquel joven pálido y enjuto entraba a la capital de la Gran Colombia, sin que ni él mismo lo supiera, la más alta conciencia de los deberes de una de las nacionalidades que la integraban, y el más poderoso animador que en el futuro tendría ese espíritu de rebeldía que empezaba a fermentar en los corazones santafereños, aunque este último nadie podía adivinarlo y también él mismo lo ignoraba.

El arte al servicio de la política:

Establecido en la capital, se acentúan las disposiciones espirituales de Vargas Tejada que ya hemos apuntado y cristalizan otras que poco a poco fueron dilatándose hasta hacerse definitivas en la integración de su personalidad. Ahora, como en todos los instantes de su existencia, será un poeta; pero así como los frisos griegos no sólo sirven para estudiar las reglas de la estatuaria, sino también las costumbres y la evolución del traje, sus versos transparentan las diversas fases que se iban operando en sus ideas políticas, hasta que llega un momento en que la mi-

sión estética es supeditada y la inspiración se subordina a los principios.

La publicación de una oda escrita en cuatro lenguas y consagrada a celebrar la gloria de Bolívar, fue lo que dio a conocer su nombre; mas, arrastrado luego por la corriente de los sucesos, cuánto hubo de arrepentirse después! "*Sér Supremo* —exclamaba en el *Recuerdo histórico*.— *Tú eres testigo de la sinceridad con que amábamos a Bolívar, de la tierna y ardiente gratitud con que correspondimos a sus engañosos beneficios, de la resistencias que opusieron nuestros corazones al convencimiento de su traición y perfidia. Su nombre representaba para nosotros la luminosa aurora que nos haría vislumbrar la Libertad. ¿Por qué nos la mostró, y con su mirada de fuego nos infundió insaciable amor por ella? Y se nos baldona de ingratos y desleales!*"

Este párrafo es de una significación profunda, de una importancia enorme para aquellos a quienes de verdad intrigue el proceso que en las ideas de los jóvenes granadinos tuvo lugar con los abusos del poder en los hombres del gobierno. Es el mismo grito de Florentino González y Mariano Ospina. Ahí está toda la angustia de sus almas libertarias y todos los porqués de sus rebeldías.

Los diversos pueblos, hermanados por el odio común al peninsular, hasta entonces habían marchado unidos estrechamente; pero alcanzada tras derroches de heroísmo la independencia definitiva, comenzaba a prosperar el deseo de una definición política; era un deseo vago e impreciso que como ciertas vertientes ocultas por la exuberancia del follaje, opacábase con el estruendo de las glorias recientes y el brillo del nombre glorioso del Padre y Libertador; pero que ya en ese año de 1823 tuvo un síntoma vital con la convocatoria del tercer congreso constituyente —del cual Vargas Tejada fue redactor de actas— y sobre todo con el conocimiento que tan augusta corporación hizo de la acusación y juicio contra el precursor don Antonio Nariño.

Todavía nadie ha osado hablar de diferencias entre Bolívar y Santander; aun los nombres de boliviano y santanderista no han salido de ninguna boca y, no obstante, la gloria de estos dos personajes atrae y divide a sus conciudadanos. Desgraciadamente Bolívar comete un gran error apenas iniciada la lucha política: olvida que la guerra to-

caba a su fin y que por lo tanto si quería conservar el Poder y triunfar en las luchas que se avecinaban, luchas democráticas, debía dar tanta importancia a los hombres del foro como a los de espada; al paso que Santander, avizó el poderío de las juventudes cuyo gesto gallardo e idealista arrastrará siempre a las muchedumbres, e hizo todo cuanto en sus manos estaba para atraérselas. En torno al *hombre de las leyes* se fueron agrupando las muchachadas universitarias en general y los hombres de pensamiento democrático; y si bien es cierto que a Simón Bolívar no se le puede calificar de autócrata, y menos aun de tirano, toda esa gente, intelectuales alucinados por el deseo de una más elevada forma de gobierno, comenzaba a serle adversa.

Un simple pugilato democrático bastaría al Vicepresidente para triunfar políticamente sobre su principal; y sin embargo la ocasión tardará algunos años en llegar. Hasta la disolución de la gran convención de Ocaña, el Libertador seguirá siendo el jefe efectivo y único de Colombia la grande.

Allá por 1825 emprendió Vargas Tejada con mayor seriedad sus ensayos dramáticos, pues ya antes se había aventurado furtivamente en este espinoso campo. Y la parábola que desarrolla aquí es la misma que en todos los otros predios de la literatura y el arte: el hombre y el político asoman continuamente; sus piezas van enseñando la trayectoria de sus ideas y la reacción de sus sentimientos en la ruda marcha de los sucesos.

En el orden cronológico su primera obra escénica fue *El Parnaso transferido*, una comedia en verso que se conserva aun inédita y que, como todas sus primeras poesías, es también un panegírico de las hazañas de los libertadores. Presumimos que debió de ser escrita a raíz de la victoria de Boyacá, pues en ella hallamos condensadas las mismas ideas y sentimientos de sus poesías patrióticas de entonces.

El asunto de la obra, si bien no muy original, es de algún ingenio. Imagina la huida de los habitantes del Parnaso; los Dioses dejan el sagrado monte para alejarse de la tiranía que degrada al viejo continente y se trasladan al nuevo mundo, donde bajo el amparo de la Libertad y de la Paz asentadas por Bolívar, podrán vivir dichosos, consagrados a celebrar la épica grandeza del caudillo libertador. Veamos algunas muestras, si breves, definitivas del fervor

que llenaba el corazón del novel autor. Apolo, el dios de la serena armonía, dice:

*El genio del tirano
huye despavorido
al mirar sostenido
por tan fuertes y sólidas columnas,
de libertad el solio, donde un día
sus sangrientos furores ejercía
y allá, escondido en la nevada Zembla,
al solo nombre de Bolívar tiembla.*

Y el coro irrumpe con entusiasmado acento:

*De la jama en la procera cumbre,
De la gloria en el templo eminente,
Sea grabado con rasgos de lumbre
De Bolívar el nombre inmortal.*

Según don José Joaquín Ortiz, *Sugamuxi*, una de las piezas más nombradas de Vargas Tejada, fue escrita en 1826, como el *Viquindo* y el *Zaquesazipa*, obras de las cuales sólo se conoce el nombre.

Consta *Sugamuxi* de cinco actos, a pesar de que la acción es bien escasa por cierto. Se desarrolla en el templo del Sol que existió en Iraca; es patética y sonora la verificación, como era entonces obligatorio, dada la moda retórica que imperaba. Pertenece a un género que nunca ha logrado aclimatarse en las letras castellanas, como es la tragedia al gusto clásico francés. Y eso —observa tinosamente don Antonio Gómez Restrepo— que los poetas españoles de fines del siglo XVIII comprendieron, con muy buen sentido, que no debían seguir las huellas de los maestros franceses en eso de la historia antigua y las leyendas clásicas. Los poetas americanos prefirieron también tratar temas propios del nuevo mundo, sobre todo los relacionados con héroes indígenas. Pero nadie puede animar un cuerpo muerto, y la musa dramática no había de levantarse con renovado aliento sino cuando recibiera el contacto vivificador de la inspiración romántica, y sobre las ruinas de la tragedia se levantó triunfante el drama.

En líneas generales, el teatro de Vargas Tejada adolecería de falta de interés, si, aparte de la importancia psi-

cológica —él es siempre un poco la *dramatis persona* de todas sus piezas, y en el fondo de las voces de sus personajes hay algo de suya propia— no mostraran además los más variados caracteres: *“de la sátira mordaz y cáustica contra la corrupción política o los vicios sociales, que a veces llega a desnudarse tan del gusto de los espectadores de Aristófanes, pasa al sereno clasicismo de la tragedia francesa; del acento dulce y tierno en extremo con que se dirige a su madre, a las más violentas imprecaciones políticas para caldear las pasiones de las multitudes.”*

Muestra de ese último género es *Catón en Utica*, aquel monólogo que compuso para unas fiestas en La Mesa. Pese al auge que dio a su autor en sus días, esta larga tirada de versos no ha contado con buena suerte; don Marcelino Menéndez y Pelayo los califica desdeñosamente de interminables romanzones endecasílabos; don Juan Valera los vapula sin piedad en una de sus famosas *Cartas Americanas*, y los demás autores apenas los mencionan. Y sin embargo esa obra servirá siempre, mejor que prolijas disertaciones de sociólogos, para comprender el estado de las pasiones de la época, cosa esta última que hacía notar don Vicente Azuero cuando, al insertar dicha pieza en el periódico *El Conductor*, escribió la siguiente prefación:

“Nosotros quisiéramos que la juventud toda grabara en su memoria y en su corazón este monólogo, que su representación se repitiese en todas las ciudades y parroquias de Colombia y que no hubiese un colombiano que no se penetrase íntimamente de tan justos y elevados pensamientos.”

Los sucesos habían aumentado hasta el extremo la división de los criterios. Debilidades del caudillo para con algunos actos reprochables de sus tenientes, su ya prolongada ausencia y algunas otras cosas más daban ancha tela para críticas y comentarios; y el fantasma de un vasto imperio andino atribulaba tanto a los corazones democráticos, que no es Catón, sino el propio autor, quien, apesadumbrado por amargos pensamientos, imprecó aquí a César, figuración mezquina de Bolívar:

*Inútiles han sido más esfuerzos.
Al fin triunfar el despotismo logra
Y delante de César abatida
Yace en el polvo la soberbia Roma.*

*Un hombre, un hombre solo usurpa el fruto
De tantos sacrificios y victorias,
Y para él los Marcelos y Escipiones
Prodigaron su sangre generosa:
Para él las legiones invencibles
Corrieron al poniente y a la aurora.*

*.....
Ah César impostor! La paz proclamas
Cuando la guerra a tu ambición odiosa
Ya no puede servir....*

*.....
El nombre de monarca has evitado:
Un vano nombre a tu poder qué importa!
Y al pueblo necio engañas fácilmente
De libertad dejándole a la sombra:
El su padre te llama y en tus brazos
Con indecible ceguedad se arroja
Mas, al fin, de la víbora que abriga
Sentirá la mortífera ponzoña.*

, Esta vez las alusiones son ya demasiado claras; con esta obra entra Vargas Tejada definitivamente en la lucha abierta de los partidos, y como quiera que se le contemple, en adelante será primero que todo un escritor político. El arte queda desde ahora relegado en su alma a un segundo plano, la inspiración supeditada al interés de partido, y, por una de esas raras paradojas con que nos suele sorprender la historia, nunca será más grande artísticamente como en esta nueva etapa.

ALBERTO MIRAMON

